

UNIVERSIDAD TEOLÓGICA DEL CARIBE

RESUMEN SEMANA IV

ESTE TRABAJO ES PRESENTADO AL
PROFESOR: DR. EDGARDO J. FUENTES COLÓN, Ph.D
EN CUMPLIMIENTO DE
LOS REQUISITOS DEL CURSO TBS 302
TEOLOGÍA BÍBLICA Y SISTEMÁTICA II

POR

BRENDA L. RIVERA FONTANEZ-4417

SAINT JUST, P.R.

16 DE NOVIEMBRE DE 2025

RESUMEN

I. ¿QUÉ ES LA IGLESIA?

A través de los siglos, los creyentes en Jesucristo han vivido en “iglesia”. La iglesia, decimos, es la comunidad de los creyentes. Pero si hay un lugar en el que se manifiesta el espíritu de división y de disensión entre los cristianos, ese lugar es la iglesia. Hay iglesias que pretenden ser la única verdadera, y rechazan a las demás como falsas o, al menos, deficientes. Otras dicen que la doctrina acerca de la iglesia no es importante, pues la iglesia no es más que un grupo de cristianos que se reúnen para apoyarse mutuamente en la fe; pero luego insisten en que todos sus miembros han de estar de acuerdo en todo detalle de doctrina, como si ellas mismas fuesen el árbitro final en materia de fe. Es necesario que la teología aclare que es la iglesia.

Una de las funciones de la teología es criticar la vida y la proclamación de la iglesia a la luz del evangelio, resulta claro que una de las cuestiones fundamentales para la teología es precisamente la doctrina de la iglesia, lo que en términos técnicos llamamos “eclesiología”. La eclesiología tiene que tomar en cuenta no sólo la doctrina de la iglesia, sino también su realidad social e histórica. En la iglesia no solo se manifiesta el poder del Espíritu Santo, pero también se manifiesta el poder de las circunstancias sociales, económicas, políticas y culturales. La eclesiología no se desarrolló en la iglesia antigua sino paulatinamente, según las circunstancias la fueron haciendo necesarias.

Imágenes de la iglesia en el Nuevo Testamento: el Nuevo Testamento nos da más bien imágenes o metáforas que nos ayudan a comprender algún elemento o aspecto de lo que es la iglesia. Dichas imágenes son tantas, pero unas pocas parecen centrales y han impactado el modo en que la iglesia se ha entendido a sí misma a través de los siglos. La imagen como cuerpo de Cristo, aparece repetidamente en las epístolas paulinas, es la más común del Nuevo Testamento. Unas veces se utiliza explícitamente como un modo de entender a la iglesia, y otras se utiliza para sacar de ella consecuencias acerca del modo en que los miembros de la iglesia han de relacionarse entre sí. La imagen del “cuerpo” va íntimamente unida a la de “cabeza”: “...lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo” entre otros ejemplos más. Uno de los énfasis principales de esta imagen es la estrecha relación, tanto de unidad como de sujeción, que existe entre Cristo y la iglesia. Cristo no es únicamente el Fundador de la iglesia, Cristo es la cabeza de la iglesia, y como cabeza se manifiesta continuamente en la vida del cuerpo, de tal modo que el cuerpo, sin Él no tiene vida. El Nuevo Testamento, utiliza esta imagen también para subrayar la estrecha relación que ha de existir entre los cristianos, aunque tengan diferentes dones o funciones. La interdependencia de los diversos miembros de un cuerpo no se limita a su común relación con la cabeza, sino que es también directa, cada miembro depende de todos los demás.

En 1 Corintios 12, el Apóstol Pablo retoma la imagen de la iglesia como cuerpo de Cristo, para recalcar la unidad en medio de la diversidad de dones. La imagen de la iglesia como cuerpo de Cristo muestra que la diversidad, lejos de ser causa de división o de contienda, es parte esencial de esta unidad que es el cuerpo de Cristo. La diversidad no se opone a la unidad, sino que la produce de igual manera que la diversidad de miembros le da unidad al cuerpo. Como cuerpo del cual Cristo es la cabeza, la iglesia está unida y sujeta a Cristo; está unida entre sí; y ha de mostrar particular respeto por quienes son menos respetados. La iglesia es el cuerpo de Cristo, es decir, que la iglesia es el instrumento por el cual Cristo actúa hoy en el mundo.

La iglesia como pueblo de Dios, es otra imagen que aparece en el Nuevo Testamento. Subraya la comunidad entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, el tema es la relación de Dios con su pueblo: Israel en el Antiguo Testamento, y la iglesia en el Nuevo Testamento. La imagen de la iglesia como pueblo de Dios tiene el valor de recordarnos que se trata de un pueblo peregrino. Esta imagen corre el peligro de llevarnos a pensar que, ahora que la iglesia es pueblo de Dios, Dios ha rechazado a su antiguo pueblo, Israel. A través de los siglos ha habido cristianos que han cometido atrocidades contra los judíos, argumentado que ahora que la iglesia es el nuevo Israel el viejo Israel es maldito. Esto es un error serio, del cual hay que cuidarse. Ya que Israel sigue siendo el pueblo escogido por Dios. Otras imágenes de la iglesia, entre estas, la de “esposa de Cristo”, esta se refiere a la unión mística entre Cristo y la iglesia, y también en parte porque se le ha utilizado para insistir en que, de igual manera que Cristo manda sobre la iglesia, el varón debe mandar sobre la mujer. La iglesia espera ansiosamente su unión definitiva con su esposo, la iglesia esta en la espera de la consumación de su unión con el Esposo. Varias de las imágenes de las muchas otras imágenes que se emplean para la iglesia señalan su carácter comunitario, su relación íntima con Dios, y la relación que ha de existir entre sus miembros.

Realidades sociales de la iglesia en el Nuevo Testamento, la iglesia del Nuevo Testamento no era ideal ni perfecta. Pero precisamente de aquella iglesia, con todas sus imperfecciones, que se dice que es cuerpo de Cristo, pueblo de Dios, esposa del Cordero. Estas descripciones contrastantes implican que una eclesiología que sea fiel a la realidad de la iglesia ha de poder afirmar, al mismo tiempo, que es comunidad de pecadores, afectada por todas las aflicciones y paradoja de la condición humana. Las marcas o señales de la iglesia, la iglesia es una, santa, católica y apostólica. Tradicionalmente, se ha dicho que estas son las cuatro características o señales de la verdadera iglesia de Jesucristo. La iglesia es una, sería difícil que hay varios cuerpos de Cristo, y mucho más difícil afirmar que Cristo tiene varias esposas. La unidad en la iglesia antigua se entendía y términos de participa de la misma comunión, reconocerse mutuamente, y considerar en los puntos esenciales de la doctrina cristiana. Siempre que las iglesias en diversos lugares se reconociesen mutuamente participando de la misma comunión, de modo que en el culto se oraba unas por las otras, y los miembros de unas podían comulgar en las otras, se consideraba que la unidad de la iglesia no se había quebrantado.

En la Edad Media, la unidad se vio como sujeción a la misma jerarquía. Cuando desapareció el antiguo Imperio Romano, la iglesia vino a llenar el vacío que el Imperio había dejado. El resultado fue un proceso centralizador, de modo que a la postre se llegó a pensar que la unidad de la iglesia consistía en la sujeción al Papa. Con el advenimiento de la Reforma Protestante, el énfasis cayó sobre la unidad de doctrina. Roma insistía sobre la unidad jerárquica, los reformadores declaraban que la unidad de la iglesia debía verse sobre todo en su unidad de doctrina. Aunque el gobierno de la iglesia es necesario, la unidad no está en el gobierno o la estructura, sino en la doctrina y la práctica. En tiempos recientes, las iglesias se dividieron cada vez mas por desacuerdo doctrinales. El resultado es que no es raro encontrar varias iglesias de diversas denominaciones en una misma comunidad, y una enorme diversidad de denominaciones. Muchas iglesias ni siquiera se preguntan ya en que consiste la unidad de la iglesia, otras dicen que esa unidad se encuentra en la unidad de doctrina. La dificultad esta en que muchas de esas iglesias, al tiempo dicen ser una sola en lo esencial de la fe, compiten entre sí. Esta es quizá la principal dificultad que tendrá que resolver la eclesiología protestante en el siglo veintiuno.

Esto le ha dado origen al movimiento ecuménico moderno, que es un intento de buscar y manifestar la unidad de la iglesia. Surgió donde la división entre las iglesias resultaba un impedimento en la predicación del evangelio. La unidad de la iglesia es un hecho dado; es don de

Dios. La iglesia es una, no porque todos sus miembros concuerden entre sí, o porque no haya en ella contiendas, sino porque la iglesia es el cuerpo de Cristo. La unidad es algo que todos los cristianos han de buscar. No puede haber sino un cuerpo de Cristo, toda división o contienda dentro de ese cuerpo es señal de enfermedad; de enfermedad, no en la Cabeza, que es Jesucristo, sino en los miembros. La iglesia es santa, el problema central para la eclesiología ha sido siempre el de la tensión entre la afirmación de que la iglesia es santa, y la realidad histórica y sociológica de esa misma iglesia. A través de la historia, los teólogos y los creyentes en general han intentado resolver este conflicto de varias formas. Cada año surgen docenas de nuevas denominaciones, nacidas del deseo de dejar atrás lo que se considera la pecaminosidad de las que ya existen. Esto hace que las divisiones se multiplican a perpetuidad, y tal actitud niega dos de las características fundamentales de la iglesia: su unidad y su mensaje de amor. Al traer división es obvio que se niega la unidad, pero el mensaje de amor se niega por cuanto la iglesia, en lugar de ser una comunidad que llama a los pecadores a arrepentimiento, y que levanta y sostiene a los caídos, se vuelve una comunidad de juicio y de condena.

Crear dos niveles de iglesia, resolver el contraste entre la visión teológica de la iglesia y su realidad histórica, consiste en afirmar que la iglesia consiste en dos niveles cristianos. Aunque la iglesia en su totalidad no se tan fiel como debería serlo, siempre hay algunos más comprometidos. La iglesia santa es la invisible, en toda comunidad de creyentes hay algunos que son mas fieles y mas sinceros que el resto, en terminología bíblica, se dice que hay en la iglesia “trigo y cizaña”, y la separación entre ambos es tarea de Dios y no nuestra. Se distingue entonces entre una “iglesia visible”, en la cual las acciones de la “cizaña” son evidentes, y una “iglesia invisible”, que sólo Dios conoce, cuyos miembros son santos, y que es, por tanto, santa. Redefinir la santidad, la “santidad” no se refiere exclusiva ni primeramente a la conducta. Lo que hace que algo sea “santo” es la presencia de Dios, más específicamente, del Espíritu de Dios que por eso se llama “Santo”. Solo hay Uno “santo”, y ése es Dios. Cuando se dice que la iglesia es “santa”, no en el sentido de que su conducta sea siempre pura, sino en el sentido de que el Espíritu Santo de Dios actúa en ella. La iglesia es católica, y eso se refiere a la iglesia como “universal”, que es el significado de la palabra “católica”, no por una denominación en particular, la iglesia católica romana. En el uso más común de la palabra, lo “universal” es lo que se encuentra en todas partes, sin variación alguna, o con muy poca. La iglesia es “católica”, no porque esté en todas partes, sino porque incluye a todos los creyentes. Al decir que la iglesia es católica estamos diciendo que esa unidad a que nos referimos antes incluye también a las generaciones pasadas a través de las cuales el testimonio al evangelio nos ha llegado.

La iglesia es apostólica, entender esto, es lo que se llama la “sucesión apostólica” que sus líderes son sucesores directos de los apóstoles. Se dice que la iglesia es “apostólica” porque sus doctrinas y su practica son las mismas de los apóstoles. La iglesia es “apostólica” porque cree lo mismo que los apóstoles, porque adora como ellos adoraron, porque está organizada como ellos se organizaron, entre otros. Ciertamente, la iglesia ha de sostener la doctrina de los apóstoles, aunque ha de hacerlo siempre sabiendo que vivimos en tiempos distintos, y que esa doctrina nos ha llegado a través de siglos que no solo pueden haberla tergiversado, sino que también la han enriquecido. Debemos entender también que el término “apóstol”, significa “enviado”. La iglesia es apostólica cuando es enviada, cuando es misionera, cuando como los apóstoles, se hacen instrumentos de la misión de Dios en el mundo. La iglesia es apostólica porque descende directamente de los apóstoles; es apostólica porque sostiene y proclama la fe de los apóstoles; y es apostólica porque, como los apóstoles, es enviada en la misión de Dios. En fin, la iglesia vive, tanto en su vida interna como en sus relaciones con el mundo en que ha sido colocada.

II. ¿CÓMO VIVE LA IGLESIA?

Creer en la iglesia quiere decir que es en la iglesia, dentro de ella, como parte de ella, que creemos. Somos creyentes porque estamos en la iglesia, porque es como parte de ella creemos, de igual modo que cuando decimos que creemos en Dios no queremos decir solamente que creemos que Dios existe, sino también y sobre todo que nuestra fe descansa en Dios. Creer en la iglesia significa que nuestra fe se nutre dentro de la iglesia. La iglesia es el cuerpo de Cristo, y nosotros sus miembros, lo que nos mantiene vivos es la circulación y la comunicación dentro de ese cuerpo, como lo que mantiene vivo a cualquier miembro del cuerpo es la circulación y la comunicación dentro de ese cuerpo, como lo mantiene vivo a cualquier miembro del cuerpo es la circulación de la sangre y la comunicación con el resto del cuerpo mediante el sistema nervioso. La Palabra de Dios no es solamente información o dirección, sino que es también la acción creadora de Dios, cuando las tinieblas escuchan la Palabra “sea la luz” la luz salta a la existencia, así también la iglesia existe y se regenera constantemente porque en ella habla la Palabra creadora de Dios, porque esa Palabra la llama a la existencia constantemente, de igual modo que sigue llamando a la luz de en medio de las tinieblas. Esta Palabra de Dios es ante todo Jesucristo, quien se hace presente en la iglesia por obra del Espíritu Santo. Y en cierto sentido es la proclamación de la Palabra que tiene lugar en el culto cristiano.

Cuando Dios habla esa Palabra resulta en acción, también es cierto que Dios habla en sus acciones; es decir, que las acciones también son Palabra de Dios. De igual modo que la predicación, con todo y ser palabra humana, por la gracia de Dios se vuelve canal de la Palabra divina, así también hay ciertas acciones que la iglesia cristiana ha celebrado a través de los siglos, y en las cuales ha experimentado y escuchado la Palabra de Dios. La palabra “sacramento” se usaba para el juramento que hacían los soldados, y que también se refería a cosas sagradas, en la iglesia antigua indicaba, a la vez, que lo que estaba sucediendo era santo, y que era un pacto o juramento entre todos los participantes, tanto creyentes como Dios mismo. Los sacramentos, utilizan elementos materiales como el agua, el pan y el vino y afirman que son señales visibles de la gracia invisible de Dios, nos recuerdan que la creación toda es señal de la gracia de Dios, y ha de ser tratada como tal. No solo son señales del uso que Dios hace de su creación para impartirnos su gracia, sino que son también señal y recordatorio del uso que Dios hace de la historia con el mismo propósito.

Existen las mas diversas opiniones: la doctrina católica tradicional, el sacramento actúa “ex opere operato”, es decir, por su propia eficacia. El otro extremo, hay protestantes que afirman que la eficacia del sacramento depende por entero de la fe de quien lo recibe, y hasta del carácter y la fe de quien lo administra. Mientras unos parecen descontar la importancia de la fe en los sacramentos, otros parecen hacer del sacramento una obra de nuestra fe, mas bien que una manifestación e instrumento de la gracia de Dios. Desde sus inicios la iglesia ha practicado el bautismo como rito o sacramento por el que los nuevos creyentes se inicial en la iglesia. Hay desacuerdos con relación al bautizo: el modo en que el bautismo ha de celebrarse, y si se debe bautizar sólo a quienes tienen suficiente edad para confesar su fe.

Los historiadores generalmente concuerdan en que antiguamente el modo usual de practicar el bautismo era “descender a las aguas”. No hay un consenso en cuanto a la practica de la iglesia antigua con relación a la edad. Los que argumentan que para que el bautismo sea válido es necesario tener fe; por otro lado, quienes bautizan niños dicen que ese mismo hecho es señal de la primacía de la gracia, señal de que Dios actúa en nosotros, no porque nosotros hagamos algo o

creamos algo, sino sencillamente porque Dios nos ama. El bautismo es un sacramento comunitario, no se trate únicamente del creyente, el ministerio y Dios. Un acto que involucra a la iglesia, que ahora recibe un nuevo miembro, como una vid recibe un nuevo injerto. Y, de igual manera que el bautismo tiene sus raíces en la historia de Israel, la Comunión también las tiene en la cena pascual, en el maná que descendía del cielo y en la promesa del banquete final. A través de la historia, la Comunión ha sido el centro del culto cristiano. La Comunión, que debía ser el lazo de unión entre todos los creyentes, es desafortunadamente uno de los principales puntos de discordia entre las diversas tradiciones cristianas. Para la Iglesia Católica Romana, que cree en la doctrina de la transustanciación, la sustancia del pan y el vino son consagrados desaparece y la sustancia del cuerpo y la sangre de Cristo ocupa su lugar. Dicha doctrina fue rechazada por los reformadores protestantes del siglo XVI, no concordaban al modo en que Cristo esta presente en la Comunión. Sostenía que el cuerpo de Jesús estaba real y físicamente presente en los elementos, aunque estos no dejaban de ser lo que habían sido, esta es la doctrina de la “consustanciación”. En el culto, tanto católico como de muchas iglesias protestantes, se han restaurado prácticas de los primeros siglos de la iglesia. Se ha recuperado el sentido de celebración y de gozo en la Comunicación, y cada vez se subraya mas como señal de nuestra vida compartida, como cuerpo de Cristo. Esto le ha devuelto a la Comunión su carácter comunitario, como celebración, no del individuo o para devoción privada, sino de la comunidad.

El mundo y todo cuanto en el hay es creación de Dios, y refleja a su Creador, entonces todo el mundo tiene un carácter sacramental. El bautismo, con su agua, nos recuerda el mundo de la naturaleza, en el que el agua juega un papel tan importante. La Comunión, con su pan y su vino, nos recuerda el mundo de la industria humana, que toma los elementos de la naturaleza, el trigo y uvas, y les da nueva forma y nuevo valor. Ambos nos llevan a Dios, creador y sustentador del mundo natural, así como de lo que la industria humana crea. En fin, el mundo físico, como creación de Dios, y los demás seres humanos, también como criaturas de Dios, tiene para los creyentes un valor sacramental. Y que, de igual modo que decían los antiguos, quien se aparta del bautismo y de la Comunión se aparta de Cristo, así también quien se aparta del mundo y del prójimo se aparta de Cristo.

III. ¿QUÉ ES ESA COMUNIDAD LLAMADA IGLESIA?

Presuponemos que Dios actúa entre nosotros creando una comunidad de fe, una comunidad de iguales, no meramente un agolpamiento de creyentes individuales. La forma comunitaria e igualitaria que adopta nuestra experiencia religiosa es una dimensión intrínseca y fundamental del mensaje del Evangelio. Una comunidad que “habla”, actúa y da testimonio de Dios, que no solo proclama la comunión, sino que es una comunidad-comunión viviente, la comunidad de la Iglesia. Del enfoque religioso-teológico, existen distintas maneras de entender a la Iglesia gracias a las teorías históricas, antropológicas, psicológicas y sociológicas. En muchos casos no aclaran facetas de la Iglesia que permanecían escondidas; en otros casos aportaron datos que hicieron más compleja la comprensión de nuestras comunidades. La Historia de la Iglesia ha demostrado una pluralidad de manifestaciones sustentadas por distintos enfoques bíblicos y por distintas experiencias históricas. Lo que la Biblia y las doctrinas “dicen” a los creyentes seguramente será muy distinto en cada caso.

La estrecha relación que existe entre la Iglesia y su entorno social, político y cultural. No existe ninguna iglesia químicamente pura y que no haya sido profundamente marcada por su

entorno. Las concepciones de género y de la mujer, que determinaron por milenios el lugar que ella ocuparía en la Iglesia, alejada de la “administración” de los ritos y los sacramentos. En ambos casos el fenómeno “religioso” no puede entenderse del todo si no lo relacionamos con el hecho social o histórico. La sociología también nos ayuda a entender los “intereses” que cada organización religiosa promueve. Nos ayuda a comprender cómo se interpreta una comunidad religiosa frente al mundo con sus estructuras y poderes. Max Weber, popularizó dos formas básicas de organizar la comunidad religiosa, a las que denominó “Iglesia” y “secta”. No refería a una denominación o confesión en particular, sino a tipos organizativos que estructuraban de manera distinta la vida religiosa y sus relaciones con el entorno social, este definía a la “Iglesia” como aquel tipo de comunidad que conforma una “especie” de asociación para el logro de unos fines sobrenaturales, una institución en la que necesariamente caben los justos y los pecadores. Una iglesia, tiende a ser más “realista”, moderando sus expectativas morales e impulsando relaciones más armoniosas con las distintas esferas de la sociedad.

Por otro lado, Weber define “secta” a aquella asociación que fomenta “una comunidad formada únicamente por los verdaderos fieles, los renacidos, y solo para ellos”. Las sectas tienden a formar grupos más compactos y homogéneos, generalmente marcados por una cierta indiferencia o hasta hostilidad hacia el entorno social. Mayormente, los miembros de las sectas provienen de sectores marginados o desplazados de la sociedad por razones económicas, políticas, étnicas o culturales. La perspectiva sociológica centra demasiado la atención en los factores sociales como la instancia que mayormente determina la constitución de una comunidad, dejando de lado la relativa autonomía que tiene las creencias religiosas y su poder de conformar comunidades. Muchas de nuestras comunidades en verdad derivan sus principios teológicos e identidades de las instituciones tipo “Iglesia”, si es que no son abiertamente una expresión local de las mismas. Nuestras iglesias poseen muchas de las características que Weber identifica con el tipo “secta”, esto no significa que sean “sectarias” en el sentido negativo, sino que reúnen muchas de las características sociológicas que en Europa designan a una “secta”.

Se han propuesto otras categorías teniendo en cuenta otras variables sociológicas, como: iglesias de “trasplante”, iglesias de “misión”, e iglesias mistas. Han ideado categorías más complejas para dar cuenta de la vasta realidad eclesial, distinguiendo entre “Iglesia universal”, “ecclesia”, “sectas” y “sectas establecidas”. Y están los que no utilizan la categoría “Iglesia” o “secta”, sino “denominación”. Con esta expresión se quiere subrayar que ninguna iglesia o secta tiene el “monopolio” de la verdad ni de la salvación, sino que constituyen distintas expresiones de la fe y de la experiencia cristiana. Varias fisonomías: el liberal, el evangélico, el pentecostal y el étnico; estos rostros pueden convivir dentro de una misma denominación o iglesia. El rostro liberal identifica un Protestantismo que surgió con los esfuerzos misioneros desde América del Norte, echando sus bases entre los estratos medio de nuestras sociedades. El rostro liberal ha ido mutando con el tiempo, y algunas de sus facciones perduran en la mayoría de las iglesias protestantes “históricas” y ecuménicas, aunque se ha incorporado en ellas una lectura más “social” tanto de la salvación como de la responsabilidad ética del cristiano. Por otro lado, el rostro evangélico del Protestantismo, también originado por las corrientes misioneras del Norte, se caracterizó por una sospecha hacia la modernidad, o al menos, hacia ciertos aspectos de ella. El rostro pentecostal de las iglesias evangélicas latinoamericanas muestra características propias. A menudo presentan el rostro “popular”, tanto en el aspecto cuantitativo como también respecto a su extracción social.

En el caso del protestantismo étnico refiere las distintas iglesias que fueron establecidas por los diferentes grupos de inmigrantes europeos. Cuando comprendemos que detrás de esos rostros se esconden verdades sobre nuestra propia iglesia o comunidad, es que comenzaremos a

transitar el camino de unidad de la única iglesia de Cristo. La Biblia, cuando habla sobre la naturaleza de la Iglesia, lo hace a través de imágenes que luego la tradición cristiana y las distintas iglesias y confesiones articularon de una manera particular. Los modelos se construyen sobre la base de imágenes, aunque pueden existir modelos basados en razonamientos mas abstractos que pierden de vista lineamientos bíblicos fundamentales. La Iglesia como Institución concibe a la Iglesia como una sociedad perfecta, cuyo “modelo” es la organización policita-estatal heredada del Imperio Romano. La Iglesia es comprendida como “una maquinaria de mediación jerárquica, de los poderes y del primado de la sede romana”. Los poderes y funciones de la iglesia se dividen en tres: enseñar, santificar, gobernar. La Iglesia es, por tanto, la mediadora de la salvación administra gracias, gobierna las almas, alimenta el espíritu, conduce hacia la redención. Fuera de la Iglesia no hay salvación. El modelo de la Iglesia como Comunión mística, se funda en la realidad de los grupos primarios, aquellas instancias determinadas por relaciones cara a cara propias de las agrupaciones pequeñas. Lo que crea la comunidad es una comunidad interior, que se expresa por los lazos externos de la fe, adoración, amistad y comunidad. El Espíritu Santo es el agente de comunión, el sujeto que une a los miembros. La finalidad de la iglesia es anticipar ahora una participación de la comunión salvífica que nos aguarda en la eternidad.

La Iglesia como Sacramento, modelo que trata de conciliar elementos de los modelos: las dimensiones espirituales e institucionales. La Iglesia es como un signo visible, que debe ser eficaz apuntando a un significado y una realidad que la trasciende. No descalifica lo institucional, mientras que enfatiza lo espiritual. Una de su desventaja es que ha sido que no es un modelo fácilmente comunicable dadas sus complejas presuposiciones filosóficas y teológicas. La Iglesia como Heraldo, alguien que tiene un mensaje que debe comunicar. La Iglesia, por lo tanto, se la concibe con una misión en particular: ser el heraldo de Dios, la proclamadora de la Palabra. La Iglesia debe comunicar algo que recibe desde fuera, y por lo tanto también se encuentra bajo el juicio de esa misma Palabra. El problema con este modelo es que tiene una concepción de la encarnación bastante deficitaria: pareciera que el Hijo, en vez de haberse hecho carne, se hubiera hecho “palabra”. Básicamente, las formas visibles y concretas de la presencia de Cristo parecieran evaporarse. La Iglesia como Servidora, aparece en una suerte de paridad con el mundo, se insiste en que la Iglesia existe para servir. Los beneficiarios de la Iglesia no son los miembros directos, sino aquellos que necesitan del consuelo, la aceptación y el auxilio. Muchos han criticado este modelo argumentando que en los evangelios Jesús aparece como un servidor de la voluntad del Padre, no del mundo.

Iglesia constituida desde arriba o desde abajo, por un lado, existe una iglesia estructurada desde arriba, desde la jerarquía, con un fuerte sentido jerárquico y autoritario. Por otro lado, existe la iglesia que se constituye desde abajo, desde el pueblo-comunidad con un sentido mas solidario y participativo. La iglesia jerárquica, la organización del poder se encuentra en el eje Papa-obispo-sacerdote; los seglares solo son recipientes de los carismas monopolizados por el clero. Pueblo-comunidad, la bendición del pueblo de Dios con una multiplicación de dones y carismas. La misma comunidad es una manifestación del Espíritu Santo que obra entre los fieles, creando un espacio de fraternidad donde las diferencias de sexo, nación, inteligencia y de posición social ya no cuentan como divisorias. Una señal del Reino de Dios y sus dimensiones de justicia e igualdad. Algunos aspectos teológicos de la Iglesia, es decir, sobre la relación que existe entre la naturaleza de la Iglesia y la naturaleza de Dios. La iglesia se sitúa en el ámbito del Espíritu, los credos tratan sobre ella en su tercer artículo como una de las realidades que el Espíritu manifiesta entre los seres humanos. Lo interesante en estos credos es que cuando se nombra la persona del Espíritu, inmediatamente aparecemos nosotros, ya sea como comunidad de discípulos, ya sea como cuerpos

o identidades a los cuales se le promete vida plena. Esta comunidad no solo se reúne merced al soplo del Espíritu, sino que se congrega de acuerdo con una forma específica de ser y estar en el mundo. Nosotros somos su cuerpo, y a través de su cuerpo Cristo se hace presente en nuestra historia actual creando una comunidad de iguales inspirada por la visión del Reino que Cristo proclamó. El Espíritu Santo es quien nos congrega como una comunidad de iguales, sin que por ello perdamos nuestras identidades particulares. Es un misterio que nos trasciende a la vez que nos convoca a nuestro verdadero y último destino: la comunión con Dios y toda su creación.

Hablar de Iglesia, es también hablar de Dios, y hablar de Dios es siempre, también hablar de la Iglesia. Dios vitalmente relacionado con su creación, cuyo “eco” es la comunidad de iguales que confiesa su fe en Cristo. La creación es un espacio y tiempo ya determinado y orientado hacia Cristo, aunque esta realidad todavía no sea del todo evidente. El “Hijo”, es una manera de calificar esa intencionalidad de Dios de no querer ser Dios sin una realidad, distinta que lo “acompañe”, sin el mundo. La Iglesia, convocada en torno a la Palabra y los sacramentos, sea el espacio visible donde Cristo, ha tomado figura entre los seres humanos. La Iglesia es la conformación a Cristo de aquella parcela de mundo y temporalidad sobre la cual ejercemos una responsabilidad directa: los cuerpos y relaciones que somos; lo plenamente humano: en la comunión con el Hijo que es la “figura/imagen” de la relación deseada por Dios con todas sus criaturas. Ese deseo tiene un nombre que crea los espacios y da perspectiva al tiempo: Jesucristo. La Iglesia como Cristo presente en el mundo mismo llega a su propia plenitud como nueva criatura en relación a Dios. La Iglesia, como cuerpo de Cristo, es tanto Cristo en el mundo como el mundo en Cristo. A lo largo de la historia siempre ha surgido la necesidad de “definir” las características de la Iglesia, aquellos elementos considerados esenciales que permitían identificar una cierta continuidad con el mensaje y la vida de Jesús. La Iglesia es una se deriva de la misma unidad de Dios, hay un solo principio que fundamenta la creación y su salvación. Que la Iglesia sea una no significa, por supuesto, que sea uniforme o deba aspirar a esta uniformidad. La riqueza de la unidad divina se manifiesta en la variedad de matices con que la Iglesia toma forma y lleva adelante su ministerio. La santidad siempre deriva de Dios, indicando por ello que nuestras vidas han sido reconfiguradas por el evangelio, por esa buena noticia que restituye la dignidad a los desesperanzados y acongojados convocándolos a ser una comunidad de iguales.

Lo que se quiere subrayar es que el mensaje de la revelación cristiana es relevante a todos los ámbitos de la vida. La comunidad es la que recibe el mensaje apostólico, y también es la responsable por transmitirlo de generación en generación, aunque para ello pueda distinguir distintos ministerios específicos. La iglesia no nos quedamos únicamente con el mensaje apostólico que se hereda, se reinterpreta y se transmite, sino también con el hecho de que somos una iglesia de apóstoles, de enviados. Una iglesia apostólica es una iglesia “soplada” y renovada por el Espíritu, abierta al mundo entero en su compromiso con la visión del Reino de Dios. La Iglesia se vincula estrechamente con el mundo no solo por el hecho de ser una realidad sociológica sino porque esa relación es fundamental a su mensaje. La comunidad cristiana “resiste” por medio de una rígida disciplina, rechazando toda participación activa en los ámbitos considerados “pecaminosos”. Cristo es visto como el perfeccionador de las esperanzas y aspiraciones sociales y culturales. Cristo aparece como un educador de la humanidad, el que instruye, guía y enseña. La identidad de la Iglesia no es definida a partir de su confrontación con el mundo; su naturaleza es captar lo mejor y lo bueno y llevarlo a su plenitud. Es posible una síntesis y el lugar donde ella se produce es precisamente la Iglesia, la síntesis consiste en poder establecer que la naturaleza esta surcada por tendencias y fines que alcanzan su expresión mas sublime al amparo de la Iglesia. Lo que encontramos “fuera de la Iglesia” son indicadores que apuntan a su plena realización en el

ámbito de la Iglesia. Se da la posibilidad de una existencia sobre-natural, que va más allá de lo posible en la vida “natural”. La Iglesia no se solo la mediadora de la gracia que apunta a una vida sobrenatural, sino que es también una especie de maestra del mundo, señalando esas dinámicas, valores y direcciones que puntean el preámbulo de las verdades eternas. La cristiandad era vista por muchos como la perfecta síntesis y armonía entre la Iglesia y la sociedad donde todo era percibido y experimentado a través del prisma celestial. La Iglesia era el centro de la sociedad, pero hoy día vivimos en sociedades que ya no responden al modelo de cristiandad. La Iglesia no esta llamada a ser la “tutora” de la sociedad.

La Iglesia da testimonio de una tensión que no es la de Dios y el mundo, sino la de Dios y el pecado. A pesar de que el mundo es bueno por ser creación de Dios, este mundo vive en una situación de rebeldía, de desafío que se expresa en todo los niveles: en la cultura, en la economía, en la familia, en la amistad, en el estado, etc. La Iglesia se entiende como una comunidad de pecadores justificados y perdonados, como una comunidad de iguales que proclama en sus palabras y obras que Dios ama y reclama a su creación. Los cristianos viven en su propia carne esa tensión entre la promesa de plenitud y las fuerzas desintegradoras del pecado. Se encuentra en tensión no porque el mundo sea malo, o pecaminoso en sí, sino porque desobedece a aquel que lo hizo con toda su bondad. La Iglesia no es una “tutora”, sino una colaboradora, lo peligroso es que esta colaboración pierda su horizonte crítico y se convierta en una simple anuencia, conformismo y sumisión a los poderes e instituciones dominantes. Siendo que Cristo no es solo el Señor de la Iglesia sino también del mundo, la Iglesia posee un rol profético recordando a la sociedad que todos los ámbitos de la vida son reclamados por el señorío de Cristo. Es muy importante la conexión entre mundo y Reinado de Dios, recordándole al mundo que el reino es el horizonte ultimo de toda actividad o emprendimiento que se tenga en la sociedad; todo debe ser para la gloria de Dios.

Según el teólogo Hans-Ruedi Weber, la Iglesia hoy en día esta fallando en su tarea fundamental de penetrar y transformar el mundo. Uno de los motivos de este fracaso yace en los mismos cristianos que no reconocen que Cristo, es el Señor del mundo. Los creyentes están llamados a compartir la preocupación de Cristo por el mundo en su totalidad, por dos razones: es Dios quien creo a este mundo, y por medio de Cristo, Dios rescata al mundo de su pecado y alienación. Weber afirma que el mundo es la primera “novia” o amor de Dios, la Biblia transmite este sentido de “pertenencia” con las historias de los distintos pactos, sobre todo el pacto de Dios hace con Noé y con todas las criaturas vivientes. El ultimo gran pacto del que nos habla la Biblia es la promesa de Dios de renovar toda la creación, “el nuevo cielo y la nueva tierra” mencionado en el libro del Apocalipsis. La visión “sectorial” de la Iglesia y el mundo, esta versión de la vida en la sociedad estaría dividida en sectores, como ser el político, cultural, económico, familiar, religioso. Siendo que Cristo es solo el Señor del “sector religioso”, se piensa que la Iglesia debería ocuparse únicamente de los asuntos que atañen a este campo. H.-R. Weber sostiene que, si Cristo es Señor tanto de la Iglesia como del mundo, entonces la Iglesia debería estar en el corazón del mundo. Como Señor del mundo, Cristo es “cabeza de todas las cosas”, de la misma manera que es cabeza de su cuerpo, la Iglesia. Esa realidad que llamamos Iglesia esta tan genuinamente presente en el momento de la adoración y el culto, como en los momentos de servicio y testimonio en el mundo. La Iglesia se localiza en ese flujo y reflujo que crea la presencia del Espíritu Santo en el mundo.